

# AHORA ME TOCA A MÍ



SELMA  
LØNNING  
AARØ

AHORA ME TOCA A MÍ

# AHORA ME TOCA A MÍ

Selma Lønning Aarø

Traducción de  
Ana Flecha Marco



Esta traducción se ha publicado con la ayuda económica  
de Norla (Norwegian Literature Abroad)



© Cappelen Damm As, 2013  
© Traducción: Ana Flecha Marco  
© Los libros del linco, S. L.  
Gran Via de les Corts Catalanes, 657, entresuelo  
08010 Barcelona  
[www.loslibrosdellinco.com](http://www.loslibrosdellinco.com)

Título original: *Jeg kommer snart*  
ISBN: 978-84-15070-81-8  
Depósito legal: B-1775-2017  
Primera edición: abril de 2017

Impresión: Novoprint  
Maquetación: gama, sl  
Imagen de cubierta: © Aslak Gurholt (Yokoland)

Para obtener este libro en formato digital escriba su nombre y apellido con bolígrafo o rotulador en la primera página. Tome luego una foto de esa página y envíela a <[ebooks@lincoediciones.com](mailto:ebooks@lincoediciones.com)>. A vuelta de correo recibirá el e-book gratis. Si tiene alguna duda escríbanos a la misma dirección.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

## *índice*

|                            |     |
|----------------------------|-----|
| El conejito .....          | 11  |
| Primer día .....           | 25  |
| Segundo día .....          | 47  |
| Tercer día .....           | 71  |
| Cuarto día .....           | 121 |
| Quinto día .....           | 149 |
| Sexto día .....            | 159 |
| Día de descanso .....      | 201 |
| Séptimo día .....          | 213 |
| Una especie de éxito ..... | 229 |

¿Estamos enfermos si no tenemos ganas de sexo todos los días? ¿Todas las semanas?

TORIL MOI en *Dagens Næringsliv*,  
1 de junio de 2013

BETTY: Estaba fingiendo.

DR. MASTERS: ¿No has tenido un orgasmo?

BETTY: ¿Lo dices en serio?

DR. MASTERS: Sí, lo digo en serio. ¿Has fingido el orgasmo? ¿Es una práctica común entre las prostitutas?

BETTY: Es una práctica común entre todas las personas con coño. Las mujeres fingen los orgasmos. Casi todas lo hacen.

DR. MASTERS: Pero ¿por qué? ¿Por qué mentiría una mujer sobre algo así?

*Masters of Sex*

*el conejito*

Durante mucho tiempo mi marido pensó que era una calentorra.

Que me corría cada vez que lo hacíamos. Y eso era justo lo que yo quería que pensara. Cuando era más joven no me planteaba por qué quería que pensara eso. Me limitaba a fingir el orgasmo. Tensaba el cuerpo, me arqueaba y gemía, respiraba rápida y entrecortadamente. Es una de las ventajas de ser mujer. Podemos fingir. Al menos eso pensé durante mucho tiempo: mientras los hombres tienen que cumplir, las mujeres podemos fingir.

Hasta que un día me cansé de fingir. O tal vez no fuera eso, sino que quería sentir lo que sentía él. Ese gran éxtasis. Ese rugido primitivo. ¿De dónde venía? ¿Cómo era ese éxtasis?

Cuando se lo conté, K se quedó destrozado. Así de bien se me da fingir.

Al principio pensó que la culpa era suya, por supuesto. Creía que no cumplía como hombre y esas cosas.

Se me escapó un viernes por la noche. No teníamos planes. Los niños estaban acostados. K se deshacía en detalles.



Quitó la mesa sin que yo se lo pidiera, me acarició el pelo y dijo que le gustaba mi nuevo peinado. Hacía cuatro días que yo había ido a la peluquería. Reconocí las señales y, sin darme cuenta, se me escapó:

—Nunca he tenido un orgasmo.

Lo primero de lo que quiso asegurarse es de que el problema no fuera suyo.

Le dije que no, pero ¿cómo podía saberlo? Podría ser problema suyo perfectamente.

Casi nunca innovamos. La rutina es a grandes rasgos la misma. Me mete la mano en el pantalón, me toca el clítoris como si fuera un timbre, demasiado fuerte. Yo gimo.

—Oh, sí —susurro.

Entonces se me pone encima, me la mete y me la saca, me toca las tetas sin prestarles demasiada atención, como si fuera un paso más en las instrucciones de un manual, algo que hay que hacer, algo que espero que haga.

Mientras tanto, yo pienso en la ropa que lleva una hora en la lavadora.

«Alguien debería tenderla», pienso.

Siempre hace lo mismo. Cree que eso es lo que me gusta.

No le culpo. Durante muchos años he fingido que me gustaba. Durante muchos años le he susurrado «Oh, sí» al oído con voz ronca, respirando fuerte. Creo que le gusta. Creo que lo excita, que lo pone a tono, pero no estoy segura. Tal vez esos gemidos le parezcan tan innecesarios como a mí que me toque tan fuerte el clítoris.

Normalmente no dura mucho. Voy al baño. Hago pis. Tiendo la ropa o recojo un poco la cocina.

A veces no gimo tanto. No quiero que piense que debe-

ría durar más por mí, porque de verdad que no hace falta. No me corro. No puedo.

La gente lo llama «el acto». Así que es teatro, y nosotros somos actores que intentan satisfacerse el uno al otro, tratando de fingir.

Pero aunque K es culpable de que no me corra, no toda la culpa es suya. El cuerpo también forma parte del problema. No me relajo, no estoy lo bastante delgada. No me parezco a las mujeres de las películas. A las mujeres de las revistas. Así piensan las adolescentes. Soy una mujer madura, debería estar segura de mí, tener las cosas claras. Pero cuanto mayor soy, más me alejo de lo que llaman «el ideal de belleza femenino que difunden los medios de comunicación». Es como si las mujeres de las revistas vinieran de otra parte, como si fueran de una especie distinta a la mía. Si las mujeres de las películas fueran perros, serían galgos, mientras que yo sería un san bernardo o quizá un rottweiler en uno de mis mejores días con unas copas de más (una vez tuve un perro, pero ya hablaré de eso más adelante).

K dice que todo eso no importa. Dice que soy guapa, que estoy buena, pero no me creo nada. Me parece que lo dice solo para llevarme al huerto. Siempre me miro a mí misma desde fuera. Si K y yo fuéramos una película, ¿cuál seríamos? Esta es una deformación propia de los escritores: imaginarnos, entrevistarnos, crear un escenario a nuestro alrededor.

Creo que mi película con K sería una comedia. La torpeza. Los defectos y limitaciones del cuerpo. Esos molestos y reveladores rayos del fluorescente del techo del baño (a menudo acabamos allí, solo porque esa es la única puerta que

puede cerrarse con llave sin levantar sospechas). Esa necesidad de verme constantemente desde fuera no me permite relajarme, y quien no se relaja no tiene orgasmos.

Esta es la teoría en que estoy trabajando. ¿Qué pasaría si estuviera sola? Sin testigos. ¿Podría escaparme de mi propia mirada, relajarme, imaginarme cualquier cosa? ¿Podría cerrar los ojos y convertirme en cualquier otra cosa? ¿En un galgo? ¿En una mujer que se corre?

Creo que nunca podré ser una de esas personas que se relajan por completo. Cada vez que K se corre pienso que el vecino lo oye gritar. Pienso en qué habrá manchado esta vez.

Él no piensa en eso. Cuando lo deja todo perdido, no puedo evitar decírselo. «Podrías tener más cuidado», digo si hay semen en la bata o en una sábana que he lavado hace apenas un par de días. Soy de las que piensan: «No, gracias, acabo de ducharme».

En pocas palabras, soy demasiado práctica.

¿Puede que sea eso? Soy tan práctica que no logro relajarme. Soy demasiado práctica para tener un orgasmo. Mi madre era muy guapa de joven, aunque con una belleza ligeramente inaccesible. Yo no me parezco a ella. No tengo sus piernas largas y esbeltas, ni sus rizos, ni sus ojos azul polar.

No sé si mi madre habrá tenido un orgasmo. Nunca hablaba de sexo cuando yo era pequeña. Si salía el tema, enseñada decía: «Uf». Pero mejor. Yo no tenía ninguna necesidad de hablar de sexo con ella. No me habría gustado que fuera una de esas madres liberadas que te llevan al médico y piden la píldora la primera vez que te besuqueas con un chico. Me las arreglé perfectamente sola. Mis hijas también tendrán que arreglárselas por sí mismas. Temo el día en que

les venga la regla y deba decirles algo. A mí me dio mucha vergüenza cuando me bajó. Estaba de excursión con mi padre y mi hermano. Tenía trece años y no les dije nada. Como ya he comentado, siempre he sido práctica, así que me hice mi propio tampón con una bola de algodón, sin pensar en las posibles infecciones. Cuando llegué a casa, lavé la ropa interior manchada de sangre a mano en el lavabo. Mi madre se asomó por detrás.

—¿Te lavas la ropa a mano? —preguntó. Yo asentí—. Pero ¡si tenemos lavadora!

Entonces se lo solté:

—Mamá, me ha venido la regla.

¡Y mi madre se rió! ¡Se rió de mí! Aquella cara bonita que no he heredado se rió de mí. Nunca se lo he perdonado.

Mi madre es el tipo de mujer que se pone delantal en la cocina. Un delantal de esos en que apoyas la cabeza cuando tienes cinco años, uno de esos con los que te limpian los mocos y te secan las lágrimas, que huele a especias y fritura. Uno de esos delantales que huelen a madre. Hasta aquel día me venía a la mente ese delantal cuando pensaba en mi madre. Pero a partir de entonces dejé de apoyar la cabeza en su regazo.

Me niego a creer que soy frígida. Tengo sensibilidad. ¡Soy una calentorra! Bueno, o puedo serlo. A veces. Quizá no tan a menudo como debería, pero también es que llevo mucho tiempo casada. He tenido tres hijos y les he dado el pecho durante años. ¿Se tienen orgasmos después de algo así?

Por lo visto sí. Todo el mundo que conozco tiene orgasmos. O al menos dicen tenerlos. Estoy convencida de que yo también puedo si tengo paciencia. No quiero ser una ca-

lentorra total, claro, pero sí una moderada. Y quiero tener un orgasmo. ¿Es mucho pedir?

Resumiendo, las razones que han llevado a mi fracaso en este campo hasta ahora son las siguientes:

1. Tengo inhibiciones corporales.
2. Soy demasiado práctica.
3. Tengo madre.

Hace un tiempo podría haber escrito también que me ocupo de demasiadas tareas domésticas como para correrme, pero ahora tenemos una *au pair*. Aunque no descarto que esa sea quizá una de las razones por las que no me corro. La *au pair*, digo.

La casa siempre ha sido tarea mía. La ojeada rápida a la cocina por las mañanas. La tranquilidad de antes de comer, las pilas de cacharros por fregar, los armarios llenos. Todo mío. K siempre dice que me encanta hacerme la víctima, decir que soy la única que hace algo en casa, la única que se sacrifica por el bien común. Quizá tenga razón. Puede que lo necesite para sobrevivir. Y eso les da miedo a él y a los niños. El hecho de que sea imprescindible, de que nada funcionaría sin mí, que me echarían de menos, profundamente, si algún día desapareciera. K dijo que por eso yo no quería ayuda en casa.

Yo me negaba. Para mí el hecho de tener que recoger antes de que llegara alguien a ayudarme era tan engorroso como limpiar. ¿Y qué se supone que iba a hacer yo mientras esa persona limpiaba? ¿Salir de casa? ¿Pasear por la calle cuatro horas? O peor aún, ¿debería sentarme a mirar cómo

otra persona, menos afortunada que yo, limpia la mierda de mi familia? ¿Debería hacer como si nada?

Ninguna de las opciones era ideal.

Por eso nunca hemos tenido ayuda en casa. Por eso hasta hace seis meses yo fregaba todos los suelos, doblaba toda la ropa y preparaba todas las comidas.

K afirmaba que lo hacía porque quería, y mientras no diera mi brazo a torcer, no contaría con su ayuda ni con la de nadie más. Cuando yo escribía libros podría haber tenido sentido contar con ayuda en casa, pero ya hace mucho que no escribo. Mi raptó poético se fue para no volver. Al principio escribir era sencillo, casi salía solo. Todo encajaba en su sitio cuando escribía. Incluso casi tenía demasiadas ideas. Pero entonces terminó. Una y otra vez llego a la conclusión de que es imposible sacar algo en claro de mi vida.

Siempre he usado la vida de otros, pero eso ya no me sirve. Ya no soy capaz de dar voz a alguien que no sea yo misma. Me parece artificial. De todos los libros que he escrito, el que más me gusta es el que trata de mis tíos abuelos. Mi tía abuela estuvo con un soldado alemán durante la Segunda Guerra Mundial. La llevaron a un campo de concentración, donde se suicidó en noviembre de 1945. Su hermano era estudiante y lo arrestaron y lo enviaron a Alemania en 1942. Mi bisabuela se puso muy enferma y para mi tía abuela eso fue lo peor de todo. Seguramente por eso se ahorcó.

Encontré el diario de mi bisabuela en el desván de mis abuelos. Cuando escribí el libro, solo tenía a Liva. Fuimos juntas a Berlín y conocimos a la familia alemana. Hans-Werner Meyer murió en el frente oriental en 1942. La fa-

milia, dos hermanas y un hermano, lloraron cuando les conté la historia. Me acariciaron la mejilla y sirvieron café en tazas de porcelana con flores azules. Mi familia se enfadó. Querían que dejara estar la historia, pero no pude. No tardó en publicarse en todos los periódicos y mi madre me retiró la palabra durante seis meses.

Desde entonces no he conseguido escribir nada más.

Durante el último año había planeado crear una versión moderna de *La señorita Julie* de Strindberg. Me pareció una idea genial cuando se me ocurrió, pero cada vez me convence menos. No hay forma de que me imagine una versión moderna de *La señorita Julie*. Seguramente sea una idea estúpida.

Desde que llegó la *au pair* he confirmado que yo estaba en lo cierto al pensar que lo de tener ayuda en casa no me va. Algo de razón en cualquier caso, aunque nunca lo reconoceré. Ahora la casa es cosa suya. Es Ludmila la que limpia, la que pone el lavavajillas y hace la comida. Yo debería trabajar, pero no sé dónde ponerme. Además, tal vez vaya siendo hora de enfrentarse al asunto del orgasmo. Ahora por lo menos dispongo de tiempo para dedicarme a ello. A jornada completa.

No pienso esperar más: cogeré el toro por los cuernos. Esta semana me he propuesto tener un orgasmo. Tan difícil no puede ser, ¿no?

El vibrador que me he comprado viene con garantía de orgasmo. Cuando lo compré, traté de ser honesta. Fui al *sex shop* de la calle Karl Johan y esperé en la puerta hasta que se quedó casi vacío.

Ya había ensayado qué decir en caso de encontrarme con algún conocido. Por ejemplo, que una amiga celebraba

su despedida de soltera y que quería hacerle un regalo, para reírnos un rato. Aunque, por otra parte, puede que pensarán que resulta más bochornoso comprar un vibrador para reírse un rato que comprarlo para lo que es. La última vez que fui a una despedida de soltera tuve claro que todas tenían vibradores y que era totalmente normal hablar de ello. Comparaban tipos y tamaños con una naturalidad pasmosa. En la misma fiesta, otra amiga contó que se había ido a la cama con un tío y que al día siguiente, cuando despertó en su casa, pasearon cogidos de la mano por Karl Johan. Las demás la miraban perplejas. ¡A quién se le ocurre ir de la mano con un rollo de una noche!

Sin duda los sentimientos eran problemáticos, mientras que los vibradores parecían la cosa más normal del mundo.

La chica de detrás del mostrador del *sex shop* era intimidantemente joven, pero decidí lanzarme. Seguro que estaba acostumbradísima a ese tipo de cosas.

—¿Puedo ayudarle en algo? —me dijo en lo que sonaba como un dialecto de la provincia de Norland, intercalando sílabas aspiradas.

Tenía una enorme sonrisa enmarcada por unos labios con un volumen muy poco natural.

—Sí. Nunca he tenido un orgasmo. Y quiero tener uno.  
Un silencio.

—Vaya —replicó al fin la chica.

—Sí.

—Pues ya va siendo hora —comentó recuperando el entusiasmo—. Lo que necesita es un conejito. Es uno de los vibradores que más se venden.



Miré con escepticismo el juguetito rojo que me puso delante. La dependienta fingió no darse cuenta y siguió hablando de manera infatigable.

«Un conejo», pensé. Un conejo suelto entre mis piernas. De pequeña tuve uno. Se zampó la colección de discos de mi padre. Todos los elepés de los Rolling de los que estaba tan orgulloso. Se me antojaba raro dejar a un roedor campar a sus anchas por mi parte más íntima.

—Está hecho de un material muy suave y como ve tiene un diseño muy elegante, con bolitas de metal en el interior. Al girar, las bolitas favorecen la circulación vaginal y facilitan una mayor sensibilidad. Hay seis velocidades de rotación y el conejito vibrador que estimula el clítoris tiene siete velocidades o pulsaciones, como nos gusta llamarlas. Llegará al orgasmo antes de que le dé tiempo a excitarse, ya verá.

Probablemente le seguía pareciendo escéptica.

—Mire, si está diciéndole «tócame» —dijo deslizándolo hacia mi lado del mostrador.

Lo cogí. Tenía un tacto raro.

—Tenemos garantía de orgasmo —añadió la chica.

—Ah —repuse—. ¿Y eso cómo funciona ?

—Todos nuestros juguetes vibradores le garantizan un orgasmo en menos de treinta días. Durante ese tiempo puede probar tranquilamente el artículo en cuestión y familiarizarse con él. Seamos sinceras: no todos los días son igual de buenos para el orgasmo. Una debe tomarse su tiempo y probar el vibrador un día que esté un poco excitada. Si aun así el producto no la satisface, puede devolverlo y escoger otro en cualquiera de nuestras tiendas.

Me compré el conejito. Me pareció necesario, que sería una tontería no probarlo, y más teniendo en cuenta la garantía. Pero una vez en casa, el conejito se quedó ahí muerto de risa. Yo nunca parecía encontrar el momento. El día en que estuviera «un poco excitada» se hacía esperar. O les pasaba algo a los niños, o a K, o a todos a la vez.

Han pasado ya veintidós días y solo queda una semana y un día para que caduque la garantía.

Una semana debería bastar. Con la *au pair* dispongo de tiempo para estas cosas. Antes sencillamente había demasiado que hacer, pero desde que llegó Ludmila me he vuelto prescindible en mi propio hogar. Mientras K trabaja y los niños están en la escuela, me dedicaré al onanismo. No me rendiré hasta que me corra. Si alguien me pregunta a qué me dedico, responderé: «Soy onanista a jornada completa».

No, no voy a decir eso, pero sería divertido.

En la mesita de noche tengo queso y pan tostado, dos botellas de agua, cuatro paracetamoles, una caja de pastillas de regaliz, chicles, aceite de bebé (sin perfume), un montón de ejemplares del *Dagbladet* y el teléfono. En el suelo, una palangana por si tengo que hacer pis. No quiero romper la magia. No pienso fastidiar un posible orgasmo solo por tener que ir a la cocina o al baño.

El *Dagbladet* es el periódico noruego que más habla de sexo. No he hecho una investigación profunda o formal; el *VG* tampoco está mal, pero en el primero tratan bastante el tema del orgasmo femenino. Al parecer para conseguirlo hay deportes, recetas, ejercicios de respiración. La idea es leer el *Dagbladet* si las cosas se ponen difíciles.

*primer día*

La habitación está cerrada con llave. Me he tumbado en la cama con los ojos cerrados. Me pongo el vibrador entre las piernas e intento concentrarme.

—Eres una mujer con una sexualidad funcional —me digo en voz baja mientras me froto el clítoris intensamente.

El zumbido pronto se convierte en un problema. Me hace pensar en mi padre o mi abuelo. Es un sonido idéntico al de su máquina cortacésped. Tanto es así que casi puedo oler la hierba recién cortada y notar el sabor salado de mis lágrimas. Siempre que cortaban el césped yo lloraba. Siempre lo hacían cuando más bonito estaba, cuando las flores silvestres se volvían color violeta. No comprendía por qué cortarlo justo entonces. Llevaban botas altas. Botas marrones que en mi recuerdo son más grandes de lo que eran en realidad. La última vez que estuve en casa de mis abuelos, antes de que mi abuelo falleciera, sus botas estaban en el pasillo. Ya no podía usarlas. Llevaba un año en cama. Se había convertido en un anciano flacucho, y las enormes botas que siempre había usado también se habían vuelto más pequeñas.

A veces tengo ganas de ser vieja. Tan vieja que lo olvide todo. Espero no necesitar nada, espero no echar de menos algo o a alguien porque lo habré olvidado todo: los hijos que tuve, las casas donde viví, los hombres a quienes amé. Quiero acabar como una hoja en blanco, tan falta de pudor como cuando vine al mundo y me recibieron los gritos de mi madre. Porque seguro que en ese momento no tenía pudor. ¿Quizá sea el pudor lo que me impide ir más allá, lo que no me permite tener un orgasmo?

Espero que quienes se ocupen de mí lo hagan con un poco de cariño, y sin ánimo de lucro si es posible. Espero tener chocolate en el cajón de la mesita de noche y que no me dé vergüenza darle un mordisco. Espero que mi olvido sea tan profundo que no pueda existir la vergüenza. Sin vergüenza todo es posible.

Mi abuela sufría demencia. Lo olvidó casi todo, menos la vergüenza. Formaba parte de ella, como también los salmos que se aprendió de memoria de niña. Podía ver la vergüenza brotar de sus ojos, rodear su mirada. Cuando hablaban de ella decían que estaba ida.

—Pobre, está ida —comentaban.

Pero mi abuela estaba allí. Se sentaba en una mecedora junto a la ventana. La mecedora la trajeron de la que fue su casa. La casa rodeada de ese césped que se cortaba antes de que las flores silvestres se abrieran del todo. En la residencia, en esa mecedora que supuestamente conocía, nadie cortaba la hierba y las flores silvestres se extendían por la pradera como un manto violeta. Según mi madre era un signo de decadencia, pero era precioso. Cuando pusieron en ven-

ta la casa, mi padre cortó el césped y mi madre lavó cuanto había pertenecido a mis abuelos. El dinero de la venta lo repartieron entre los nietos para que pudiéramos comprar otras casas o apartamentos. Yo además heredaré el escritorio de mi abuelo, que es donde escribo, o más bien donde escribía. He escrito muchos libros en ese escritorio.

Seguramente llegue a vieja, es algo de familia. Pero preferiría una muerte repentina e inesperada. Instantánea y desvergonzada.

¡A la muerte! A eso me recuerda el sonido. ¿Debería sorprenderme que no funcione? ¿Debería sorprenderme no correrme? A pesar de la garantía de orgasmo del conejito, llevo dos horas aquí tumbada, pensando en la muerte y en las flores silvestres sin que ocurra nada. ¡No ocurre nada! Pienso en mi padre, en mi abuelo, en las botas, en el escritorio, y no ocurre nada.

Intento pensar en el asfalto, en su olor. El olor del asfalto fresco siempre me ha puesto cachonda. ¿Por qué? Cierro los ojos.

Es Navidad y tengo trece años. Es un invierno templado y en esa época los inviernos templados no eran frecuentes. Me han regalado un jersey blanco de canalé. Debajo, me está creciendo el pecho. De la noche a la mañana, como si algo dentro del cuerpo se hubiera puesto en marcha y llevara y trajera grasa y tejidos sensibles de una parte a otra. Un día no hay nada y al día siguiente hay algo, una tierna y frágil montaña de futuro, libertad y autonomía.

Esas navidades asfaltaron las calles del solar. Es un mo-

mento raro. La apisonadora naranja se abre camino entre los setos llenos de lucecitas. Hombres con monos naranjas y palas en las manos se cruzan con otros hombres en traje negro que se encaminan a la comida de Navidad. Me parece raro que alguien tenga que trabajar en ese día. Estamos fuera. No hay nieve, casi parece primavera y no podemos esquiar ni ir en trineo. Estamos fuera viendo cómo asfaltan la calle.

—Quitaos del medio, niños —dice uno de los obreros.

Tres son mayores y uno un poco más joven. Me ofende que me hayan llamado niña. Me dan ganas de levantarme el jersey y gritar: «¡No soy una niña!».

Voy a casa y me maquillo. Cojo la sombra de ojos azul de mi madre y su pintalabios rojo. Me pongo un gorro y me hago una coleta. Los pezones despuntan bajo el jersey nuevo. Mis Levi's están llenos de rotos. Es casi de noche. Le he prometido a mi madre que iría a buscar el correo. La carretera está tierna y nueva. El alquitrán y el futuro, todo aquello de lo que voy a disfrutar. Un olor acre que hace que me pique la nariz. Solo queda uno de los obreros. Está cargando el material en un camión. Quiero que me vea, que vea que no soy una niña.

Meto las manos en el buzón, cojo varias tarjetas de Navidad y las cuotas de la Cruz Roja de mi madre y dejo caer la tapa. El obrero se da la vuelta y ve que ahí hay alguien, y que ese alguien no es una niña.

No está preparado para lo que le espera, lo fácil que va a ser, lo mucho que me apetece. He leído en libros y revistas sobre cómo duele la primera vez, pero el dolor es insignificante. Todo está en mi cabeza. Lo que en alguna ocasión



pensaré de esto está en mi cabeza, la cual ya ha elaborado un plan y lo ha llevado a cabo, ya ha cruzado la línea de meta. No hace daño, o el dolor es insignificante. Me siento a horcajadas sobre él, en la cabina, sin mirarlo a los ojos. Me muero de frío. Hundo la nariz contra su mono naranja. Es la primera vez que veo a un hombre correrse. Se encoge debajo de mí, reprimiendo sus gemidos antes de que se escapen. Cualquiera podría pasar por allí.

Pienso que volveré a hacer esto, pero ya no por primera vez. Ya nunca volveré a hacerlo por primera vez.

—¿Cuántos años tienes?

Ya ha vuelto a la normalidad.

Y no le miento.

—¡Mierda, joder! —exclama empujándome a un lado.

El jersey está para tirar, lleno de manchas de alquitrán, las mismas que cubren mis pechos recién estrenados.

—¿Qué le has hecho al jersey? —exclama mi madre cuando vuelvo a casa.

No puedo decirle lo que he hecho con las tetas. Pero lo que mi madre debería preguntarse es adónde ha ido a parar mi pecho plano. Dónde está su niña pequeña.

Aquí empiezan los problemas. Tengo demasiado que ocultar, lo que hace imposible que mi madre y yo seamos amigas. A pesar de que a mí me habría encantado que lo fuéramos.

Atrás queda la infancia, que había dejado de interesarme hacía ya mucho. Hago lo que puedo por olvidarla. No porque fuera dolorosa o difícil, sino porque quiero ser adulta. Desde que tengo uso de razón he querido ser adulta.

La vieja carretera que atravesaba el solar tenía hoyos

que se llenaban de agua cuando llovía. En la vieja carretera todo se estancaba. El asfalto lo volvía todo eficiente y accesible. Haría que todo fuera posible. A veces se me olvida lo que ocurrió el día que asfaltaron la calle. Pero recuerdo el olor del asfalto. Se instala con fuerza en mi cuerpo cuando me entra por la nariz.

Una vez compré unas pilas baratas fabricadas en China. Los niños cambian las pilas como la gente la ropa interior, y por eso las compré. Eran ridículamente baratas y venían muchísimas, pero solo duraban unos minutos. En serio. Estas son pilas de verdad, sin duda. Duran y duran. He planificado el día y he sacado unas seis horas para dedicar a intentar correrme. Debería funcionar, a menos que de verdad tenga yo un problema muy gordo. Pero vayamos por partes.

El principal inconveniente es que no estoy sola del todo. Estoy sola en la habitación, con la puerta cerrada con llave. Pero arriba, en la cocina, Ludmila no para de moverse de aquí para allá. ¿Qué le impediría saltar el muro del jardín y entrar en el dormitorio? No sería la primera vez. Lo recuerdo como si fuera ayer. Ludmila no llevaba ni una semana con nosotros. Me despertó un ruido que venía de la puerta que da al jardín. Solíamos dejarla abierta por la noche. Muchas veces pensé que cualquiera podría entrar, sobre todo cuando acabábamos de mudarnos. Alva era pequeña y la edición vespertina del *Aftenposten* bien podría incluir la noticia de una mujer de Oslo que estaba dando el pecho

cuando unos ladrones entraron en su casa y la apuntaron con una pistola. Pensaba en esta historia cada vez que daba de mamar a Alva. Durante un tiempo dormimos con la puerta cerrada, pero el aire se cargaba demasiado y K no estaba a gusto.

El radiodespertador de la mesita marcaba las 02.05. Por lo general no tengo miedo cuando estoy con K, como si su respiración profunda pudiera protegernos a mí y a los niños de algo. Duerme como un tronco y él no podría reaccionar antes de que fuera demasiado tarde, pero el hecho de tenerlo al lado hace que me sienta más segura.

El ruido de fuera era titubeante y cauteloso. No muy amenazante, la verdad. ¿Sería un animal? ¿Una rata?

No me gustan nada las ratas, pero prefiero una rata a un desconocido fuera de casa. Sacudí a K con cuidado.

—K, despierta, hay alguien ahí fuera.

K gruñó y se dio media vuelta, de cara a la pared. Volví a oír el ruido. Esta vez no había duda. Alguien estaba forzando la puerta, que es de las que se cierran cuando se baja el pomo, pero aun así no es difícil girarlo hacia arriba a la fuerza.

Empujé a K, más fuerte esta vez, hasta que, algo molesto, se sentó en la cama y se me quedó mirando. Yo miré hacia la puerta. El pomo estaba casi girado del todo y un pie negro se colaba en la habitación. Me escondí detrás de K, todavía amodorrado, y grité. Sabía que gritar no era precisamente la estrategia más inteligente, pero grité de todas formas, y por algún motivo grité el nombre de K. La puerta cedió y una figura negra cayó como un saco delante de la cama.

—Lo siente mucho, lo siente mucho.

—Pero ¿qué coño...? —fue lo primero que dijo K.

—¿Estás mal de la cabeza? —grité.

—Lo siente mucho —dijo Ludmila levantándose del suelo.

El acento ucraniano era insoportable.

—¿Te importaría decir algo más que eso?

—¿Algo más? —Ludmila nos miró.

Estaba claro que lo sentía, pero en ese momento yo no estaba preparada para pensar en sus sentimientos. Todavía se me salía el corazón del pecho. ¿Cómo iba a dormir después de eso?

—Explícate —dije muy seria.

—Olvido mis llaves.

—Eso puede pasarle a cualquiera —añadí pedagógica—, pero podrías haber llamado al timbre.

—No quiero molestar.

—Claro, porque esto no es molestar, ¿no?

—Lo siente mucho —repuso Ludmila.

—¿Puedes parar ya? —le grité.

—Pensaba que el puerta es del salón.

—Un error lo tiene cualquiera —dijo K con una ternura inesperada.

Una ternura que me enfureció aún más. Le lancé una mirada para que entendiera que no había acabado con él, que hablaríamos de eso, y le pedí a Ludmila que fuera a acostarse.

—Lo siente mucho —repitió ella antes de subir como un elefante por la escalera.

Inexplicablemente, Martin siguió durmiendo sin enterarse de nada.

—¿No te has pasado un poco con ella? —me preguntó K y, apagando la luz, se tumbó en su lado de la cama.

—¿Que si me he pasado un poco con ella? —Volví a encenderla—. ¿Te das cuenta de que ya no dormiré bien en la vida? ¿Que todas las noches pensaré que un pirado va a meterse en nuestra habitación?

—Ha cometido un error, Julie, y se ha disculpado.

—¡Faltaría más! Podríamos haber estado haciendo algo privado. Podríamos haber estado haciendo el amor.

—Seguro. —K volvió a apagar la luz.

Me quedé tumbada mirando cómo ondeaban las cortinas. Cuando Martin despertó, yo no había dormido ni un segundo.

Sería perfectamente posible que Ludmila echara la puerta abajo en cualquier momento. ¿Cómo voy a concentrarme en mi propio cuerpo cuando alguien puede entrar de un momento a otro? He cerrado con llave, pero la falta de seguridad está comprobada. Alguien podría entrar, podría verme. Es incómodo. Además, pensar en Ludmila no es algo que me excite, la verdad. Es ella la que ha convertido mi hogar en un lugar no seguro, un lugar donde no logro relajarme. ¿Tan raro es que no me corra?

¿Y qué le impide a K hacer lo mismo? Puede que se encuentre en la puerta del jardín y quiera saber qué ocurre.

Ahora mismo Ludmila está pasando el aspirador. Debería alegrarme por ello, pero el sonido del aspirador no es menos molesto que el del conejito. No me hace pensar en la muerte, pero me recuerda demasiado a mi madre, y en este contexto no sé cuál de las dos cosas es peor.

En uno de los números del *Dagbladet* leo que una de cada tres mujeres nunca ha tenido un orgasmo. Lo firma un periodista llamado Atle Jansen, que a su vez cita a Betty Dodson, una sexóloga estadounidense. Me como un trozo de pan con queso y bebo un poco de agua.

«Una de cada tres mujeres nunca ha tenido un orgasmo, pero casi todas las mujeres pueden aprender a tenerlos», escribe Jansen. Así que queda esperanza. Y se refiere tanto a orgasmos vaginales, que solo tiene un diez por ciento de las mujeres, como a clitorianos.

Para mi sorpresa, leo que el clítoris mide unos trece centímetros, pero que solo una pequeña parte se halla a la vista. Tiene cerca de cuatro mil terminaciones nerviosas en el glande, la parte que se ve. Casi el doble que en el glande del pene. Tiene dos raíces a lo largo de la vagina que se estimulan con la penetración. Atle Jansen escribe que conviene descubrir si preferimos que nos toquen el lado izquierdo o el derecho del clítoris, y familiarizarnos con qué sucede si lo estimulamos con los dedos. Además, hay que intentar pensar en otras cosas, a poder ser un poco guarras.



Mientras hago pis en la palangana, con un espejo de mano me inspecciono el clítoris con detalle. Me cuesta comprender que mida trece centímetros, que sea casi como un iceberg, del que solo una pequeña parte asoma a la superficie.

Me limpio y sigo leyendo sobre cómo tengo que tocar-me las tetas; mientras, relajo los músculos y hago ruiditos. Hay quien prefiere tumbarse bocabajo y quien prefiere hacerlo de espaldas. Atle Jansen me pide que no me olvide del punto G. Está un par de centímetros dentro de la vagina, en dirección al ombligo. Se puede notar si tu pareja lo toca de arriba abajo mientras ella o tú misma presionáis el hueso pélvico con fuerza.

Lo primero que me llama la atención es que no soy un bicho raro. Soy una de cada tres, una de tantas, completamente normal. Lo más probable es que logre aprender a tener un orgasmo. Solo es cuestión de práctica. Y también tengo que evitar distraerme, claro; pensar en padres, madres y máquinas cortacésped no resulta muy efectivo. Y he de dejar de pensar en Ludmila. He dedicado demasiado tiempo a pensar en ella, aunque por otra parte tampoco es tan raro: casi siempre está en el piso de arriba. Me ha arrebatado mi vida privada, y no estoy segura de que me compense. ¿Acaso no es mejor tener una casa desordenada que una casa ocupada?

Cuando Ludmila iba a venir a casa, decidí contratar un servicio de limpieza. Solo por una vez. Si nuestro hogar era un caos cuando llegara ella, pensaría que ese es su estado natural. Y eso le dije a K cuando le pedí que buscara una agencia.

—Pero es que ese es su estado natural.

—El asunto es que tenga un modelo que seguir. Si la casa está impecable cuando llegue, pensará que siempre está así.

K negó con la cabeza, pero llamó a una agencia.

Al día siguiente vinieron dos chicas delgaditas con acento del este. Traían material y productos de limpieza. Lo único que tuve que hacer fue abrirles la puerta. No quise mirarlas a los ojos. Sentí que me sonrojaba, que me daba vergüenza.

¿Por qué me daba vergüenza? Toda la gente que conozco tiene ayuda en casa. ¿Por qué solo me avergüenza a mí?

Martin estaba ya vestido en el carrito. Cerré la puerta tras de mí y salí a la calle.

Cuando volví cuatro horas más tarde, todo era distinto. El piso estaba irreconocible. La ropa del baño estaba apilada y ordenada, incluso la sucia. La ducha entera brillaba. ¿Cómo lo habrían conseguido? ¿Tendrá razón K cuando dice que no sé limpiar? Las paredes de la ducha eran desde hacía tiempo de un tono gris, casi verde, por la cal. Estaba convencida de que no tenía arreglo.

K podría quejarse de que esa tarde nos había costado 2.500 coronas, pero a mí me parece que valió la pena. Ludmila llegaría a una casa limpia en la que cada cosa está en su sitio. Eso era lo más importante.

El sábado que iba a venir Ludmila, le eché un último vistazo a su habitación. Todo estaba en orden. Había pintado las paredes de blanco, pero la decoración era de color lila. Los cojines estaban cuidadosamente seleccionados, algunos en tonos más oscuros y otros más claros, la mesita de noche era de Room y el televisor de pantalla plana que había encima era nuevo. La tela de las cortinas era lila también. La compré en Ikea. Las cortinas me las hizo una vecina. El somier, de 1,20, también era nuevo. La habitación había quedado ideal.

Me habría instalado allí yo misma, pero no podía ser. Era la habitación de Ludmila, y quería que fuera un lugar donde se encontrara cómoda.

La espera se hacía insoportable, aunque K estaba muy relajado. Era por la tarde.

—Deberías hacer una pizza —me dijo—. Seguro que le gusta.

«A ti sí que te gusta», pensé, pero preparé la masa y la dejé que subiera. Me gusta hacer pizza los sábados. Me gusta pensar que somos una familia normal y bien avenida que cena pizza los sábados.

Cuando por fin sonó el timbre, la pizza llevaba ya un rato hecha, y K merodeaba a su alrededor como un lobo hambriento.

—Ni se te ocurra tocarla.

—Relájate un poco, que no viene la reina de Saba.

—Es fundamental que se sienta bien recibida, que vea que para nosotros también es un día importante.

La expectación aumentaba por momentos.

Cuando se abrió la puerta, me quedé allí de pie, embozada.

En la fotografía parecía una beata, la palabra de Dios encarnada. Ludmila además es el nombre de una santa checa, que lo he leído. En realidad era del todo distinta. Su pelo, que en la foto se veía largo y castaño oscuro, estaba totalmente oxigenado y cortado sin ton ni son. La blusa abotonada hasta el cuello de la foto no creo que la trajera ni en la maleta. El top negro ajustado que llevaba no dejaba lugar a la imaginación y revelaba un piercing en el ombligo. Sentí que se me revolvían las tripas. La anterior familia de acogida no había mencionado nada de esto.

Alva vino corriendo y Liva se quedó en un segundo plano.

—Decidle hola a Ludmila. Va a vivir con nosotros.

Mi voz era entrecortada, pero Alva fingió no darse cuenta y mostró su mejor cara, para mi alivio. Alva estaba guapísima, con sus rizos rubios, pero a Ludmila parecía no importarle. Casi ni miró a mi adorable renacuaja.

—Esta es Alva —dije tajante, como para recordarle el motivo por el que estaba en nuestra casa.

K vino tranquilo y sonriente de la cocina. Saludó ama-

ble y confiado. Si le había decepcionado el aspecto de Ludmila lo disimulaba muy bien. Pensé que yo también debería reaccionar así. La imagen de Ludmila no era decisiva, pero ¿era posible vestirse así y ser una persona de confianza? Yo no lo tenía muy claro.

Miré a Liva muy seria, y se acercó también a saludar, aunque parecía bastante escéptica. No la juzgué por ello.

—¿Tienes equipaje?

—Sí —respondió Ludmila y se volvió para abrir la puerta de la calle.

Se puso a hablar de manera rápida y agitada en la oscuridad hasta que apareció Michael, uno de los obreros polacos que renovaron el desván que ahora sería la habitación de Ludmila. Entró en casa con unos zapatos sucísimos y dos maletas medianas. No podía decirle que nos había costado 2.500 coronas limpiar el suelo.

Me puso nerviosa ver a Michael. Intercambiaron un par de palabras en ruso, se rieron y me miraron. La bienvenida había sido un fracaso. Yo era una extraña y estaba excluida. A pesar de que estuviéramos en mi casa y en mi bienvenida.

Llevaba dos meses esperando el momento. Me había propuesto ser comprensiva, paciente y cariñosa, pero ahora mismo no estaba siendo ninguna de las tres cosas. Michael soltó una carcajada y guiñó uno de sus ojos color miel, dejándome confundida y medio paranoica.

¿De qué se reía? ¿Se reía de mí?

Me acerqué a K y cogí en brazos a Martin, que estaba gateando. Me lo puse delante, a modo de escudo, y dije en un tono alto un poco exagerado:

—Y este es Martin.

Ludmila tampoco le prestó mucha atención. Miró a Michael, que la besó en ambas mejillas antes de volver a decir algo en ruso y desaparecer. Sentí que se me llevaban los demonios. Estuve a punto de gritar que en mi casa se habla noruego. Pero en cambio repetí:

—Este es Martin.

—Hola —saludó Ludmila pellizcándole la mejilla. Martin ocultó la cara contra mi hombro.

Tragué saliva.

—¿Quieres ver tu habitación?

—Sí —respondió Ludmila con voz ronca y grave.

Intenté animarme. La habitación era perfecta. La más completa de la casa. Miré expectante a Ludmila y abrí la puerta con dramatismo. Le llevó un rato decir algo.

—¿La cama es arriba? —preguntó por fin.

Asentí.

Ludmila suspiró.

—Esperamos que te guste la habitación.

—No es mal —dijo ella.

—Tienes una tele ahí también.

—Ah, no veo mucho tele —repuso Ludmila y, encogiéndose de hombros, dejó las maletas en un rincón.

Ni rastro de agradecimiento, ni una pizca de entusiasmo ante los niños o la habitación. ¿En qué lío me había metido? ¿Qué iba a hacer con una persona que no era capaz de demostrar entusiasmo ni cariño?

K parecía haberme leído la mente.

—Igual ella tenía otras expectativas después de siete años en la universidad.

—Siete años estudiando pedagogía. ¿No se estudia pedagogía para estar con niños?

K sonrió y se encogió de hombros y, aunque no me dijo nada, tuve la impresión de que se daba la razón a sí mismo.